

El idiota en familia

por M. Vazquez Montalban

La tortilla de Biscuter

Biscuter hace unas tortillas famosas. Carvalho, su patrón, las probó en la cárcel cuando cumplía condena como joven estudiante comunista y Biscuter como alfeñique roba-coches de lujo en el Principado de Mónaco. Biscuter se había enchufado en la cocina de la cárcel donde coexistía con un gordísimo cocinero gallego, abortero y herboristero. Biscuter utilizaba las sartenes más hondas para hacer tortillas de medio metro de profundidad, tortillas que Carvalho ahora le exige de vez en cuando y que Biscuter realiza en un fogoncillo de gas que el detective privado tiene en su precario despachito para hambres de emergencia.

Hoy Biscuter le había preparado una de sus tortillas y yo era convidado de excepción. Carvalho no ha vuelto a la hora prevista y a Biscuter le ha entrado una de esas histerias de cocinero maltratado por el comensal.

—Cuando llegue va a parecer un adoquín.

—Podríamos empezar tú y yo.

—Ni hablar. Una tortilla empezada no es una tortilla. Una docena de huevos para nada. Un adoquín. Esto va a parecer un adoquín sólo que se retrase cinco minutos.

—Pues a mí me gusta la tortilla de patatas fría.

—Depende del grosor, leche.

—No te enfades, Biscuter.

—No me enfado, collons, no me enfado. Pero una tortilla tan honda como ésta debe comerse caliente, si no parecerá un adoquín.

Carvalho llegó cuando la tortilla se había convertido, si no en un adoquín, sí en un roscón de Reyes en cartón piedra. Biscuter

NI PONIÉNDONOS ZANCOS
LLEGAMOS AL NÍVEL EUROPEO.



contenía su mal humor, pero no miraba a su jefe para que no se le adivinara el grave enfado. Por eso no se dio cuenta de que Carvalho llegaba hecho un mapa. Alguien le había puesto un ojo de severo luto, de una narina le salían motas de sangre seca, y junto a la sien izquierda se advertían surcos de arañazos. Además, aquello no era una camisa. Lo que asomaba bajo la chaqueta de Carvalho era un mapa de ríos y montañas dibujado con sangre humana.

—¡Carvalho!, ¿qué le ha pasado?

Biscuter recuperó la curiosidad por su jefe y en sus manos aparecieron algo así como mil pañuelos con los que intentaba restañar todas las heridas del cuerpo y el alma de Carvalho.

—¡Un día le matarán, jefe! ¡Siempre a cuerpo descubierto! ¿Por qué no deja que le acompañe?

—Es preferible que peguen a uno que a dos.

—Yo soy bajito, pero un nervio, jefe. No les sería tan fácil.

No tiene ganas de discutir el detective. Contempla la tortilla con escepticismo y se derrumba en su silla giratoria de madera, modelo años cuarenta, sin duda anterior a la batalla de Okinawa.

—¿Un caso difícil?

—Estúpido e inútil.

Resulta que Carvalho iba tranquilamente por las Ramblas al encuentro de la tortilla de Biscuter cuando vio cómo un piquete de energúmenos estaba pegando a dos muchachas. De pronto se sorprendió a sí mismo repartiéndolo y recibiendo puñetazos. Medio atontado, le costó Dios y ayuda convencer al primer guardia

que llegó de que él era el Quijote y los energúmenos fugitivos los asaltantes de las doncellas. Además, las doncellas llevaban las manos y los bolsos llenos de octavillas en las que se reclamaba la libertad de Carrillo. Total, Carvalho y las doncellas a declarar en la Jefatura Superior de Policía y el comando de extrema derecha a lo suyo.

—Me complace mucho, Carvalho, que haya tenido usted un gesto tan altruista y positivo.

—De eso, nada. Yo no sabía de qué iba. He reaccionado por puro machismo. A una mujer no se le pega y todo eso.

—Se arrepiente.

—Sin duda. Tardaré dos días en sonarme a gusto y estamos en una época propicia a los constipados. Además esta camisa ya puedo tirarla.

—Yo le quitaré las manchas.

—Gracias, tía Felisa.

Biscuter no sabe qué hacer, si reclamar la camisa de Carvalho para limpiarla, ofrecerle ayuda farmacéutica o recalentarle la tortilla. Elige lo peor. Recalentarle la tortilla. A los ojos de Carvalho asoma la más convincente de las indignaciones.

—Exacto. La recalientas y luego la tiras por la ventana.

—Lo siento, jefe, es que no doy una.

Brrumm, brrumm, brusjmmm, se va Biscuter con su tortilla, entre bucales ruidos de motocicleta imposible. Carvalho se queda triste.

—Yo hecho un moco; Biscuter con la tortilla por sombrero...

—Ha cumplido usted con su deber.

—Mi deber es evitar que Biscuter tenga tiempo de mirarse en el espejo.